

“Mientras no estemos parados en aquello que nos distingue y nos da razón de ser, vamos a ser vistos como algo inferior por el resto de las disciplinas”

Guillermo Orozco Gómez
gorozco@udgserv.cencar.udg.mx



Es Licenciado en Comunicación (ITESO, México), Especialista en Comunicación y Pedagogía (Universidad de Colonia, Alemania), Magíster y Doctor en Educación (Universidad de Harvard, EE.UU.). Ejerce como Profesor e investigador del Departamento de Estudios de la Comunicación Social (Universidad de Guadalajara, México). Es Co-coordinador del Observatorio Iberoamericano de Ficción Televisiva (OBITEL).

por **Rodrigo González Reyes**
rgonzalez@iteso.mx

Licenciado y Magíster en Comunicación (Iteso, Universidad de Guadalajara, México) y candidato a Doctor en Comunicación (UNLP, Argentina). Profesor tiempo completo, Universidad de Guadalajara, México.

Así lo afirma el teórico e investigador mexicano Guillermo Orozco, quien señala que “la otra gran deuda histórica de la comunicación con la realidad de los países latinoamericanos es la relación educación/comunicación; es una relación olvidada, soslayada e invisibilizada”.

Guillermo, desde tu perspectiva ¿cómo ves la situación histórica de la formación de posgrado en comunicación en América Latina?

Partiré de la realidad que más conozco, que es la de México, y desde ahí generalizaré lo que se pueda hacia los otros países. Antes que nada creo que el posgrado en comunicación en sus inicios trató, en primer lugar, de llenar algunos huecos en la preparación formal, sobre todo sociológica, de los estudiantes de grado en comunicación. Estos huecos existían porque la carrera en Ciencias de la Comunicación (que no la de

Artículo:
Recibida: 07/08/2012
Aceptada: 01/10/2012

Entrevista a Guillermo Orozco Gómez

teórico en comunicación y educación



periodismo, aunque podríamos incluirla más tarde), nacida en los años sesenta, fue pensada y proyectada de una manera idealista, acorde a la época que la vio nacer, respecto de los “nuevos medios” y sus contextos, y lo que se debía y podía hacer con ellos, sobre todo acerca de la televisión y el video.

Como sabemos, el grado en comunicación surgió del interés por amalgamar distintas preguntas sobre la producción de mensajes, su circulación y consumo, y quienes hicieron los primeros intentos por institucionalizar estos intereses académicos venían de las letras, la filosofía y la estética (en el caso de México el primer grado, que nació en la Universidad Iberoamericana, fue gestionado desde la visión jesuítica, que es una visión eminentemente humanista y filosófica, por ejemplo), y esto tuvo sus consecuencias, tanto para bien como para mal.

Para entonces se tenía la intuición, muy acertada, de que los medios de comunicación masiva se estaban convirtiendo en un escenario muy importante, de que vivíamos en un panorama emergente de tecnologías de la comunicación que iban a dominar el futuro. Pero el problema fue que las propuestas de acercamiento y reflexión, por este mismo hecho fundacional que he comentado, se quedaron en visiones demasiado “estéticas” y en la tradición más bien lingüística, con intuiciones a veces muy buenas pero que no alcanzaban a aterrizar en un pensamiento social, político y científico formal, que era lo que en gran parte se necesitaba para dar razón de los cambios estructurales que se estaban operando en un momento y una sociedad que cambiaba, justamente, con la aparición de estas nuevas formas mediadas de comunicación masiva y tecnificada.

Es ahí que comenzamos a ver que la carrera de Ciencias de la Comunicación queda asimilada, desde entonces y en gran parte hasta hoy, a áreas más artísticas o humanísticas que sociales, a tal punto que todavía es común que estas carreras se anclen administrativa y académicamente en facultades de letras, artes y humanidades, siendo muy pocos los países que cuentan con verdaderas facultades de comunicación (Argentina a través de la UNLP, es justamente una de estas raras excepciones). Como vemos, esta realidad actuó en detrimento del análisis del poder en los medios, la economía política, las dimensiones culturales del consumo simbólico y otras cuestiones similares bastante importantes.

Por otro lado, esta misma circunstancia llevó a que la carrera en ciencias de la comunicación, al ser todo y nada al mismo tiempo, se relativizara a niveles peligrosos, causando que los estudiantes de comunicación fuéramos vistos con toda razón como una especie de “todólogos”, gente que igual hacía poesía que publicidad o que vivía de diseñar productos visuales tanto como de hacer periodismo o comentar lo que fuera en la radio.

Fue así, justamente, ya en los años ochenta, que muchas universidades latinoamericanas comenzaron a darse cuenta de estos huecos y carencias graves en la formación de sus comunicadores, y con ello surgieron las preguntas acerca de qué se lograría

“Fuera de un puñado de posgrados que han logrado producir perfiles verdaderamente característicos, la inmensa mayoría de los casos se ha ido decantando por una formación general extendida, que recuerda a las agendas de las licenciaturas pero como si éstas fueran llevadas al nivel teórico superior inmediato.”



realmente al proponer la creación de posgrados: ¿reproducir el campo? ¿generar una verdadera planta académica de profesores e investigadores? ¿especializar a los graduados profesionalmente? Y al parecer sirvió, sobre todo, para darle una salida profesionalizante a la desbordada y creciente matrícula de la carrera en Ciencias de la Comunicación, a través de intentar acotar el enorme abanico de sus prácticas posibles para llegar a “especializarlo” (en el sentido de lo que pasa en otras disciplinas como la medicina o las ingenierías), si bien, a la larga, vemos que fuera de un puñado de posgrados que han logrado producir perfiles verdaderamente característicos, la inmensa mayoría de los casos se ha ido decantando por una formación general extendida, que recuerda a las agendas de las licenciaturas pero como si éstas fueran llevadas al nivel teórico superior inmediato.

Eso, en gran parte, creo que tiene que ver con que somos aún muy jóvenes en el campo y nos ha faltado experiencia para diagnosticar prioridades y ver potencialidades de nuestras prácticas, pero también a que los posgrados (maestrías y especializaciones, particularmente) se convirtieron, por carencias históricas, en necesidades instrumentales e inercias disciplinarias difíciles de romper, en un horizonte que continuaba la relativización de aquello que “hace” el comunicador desde el grado, manteniéndose la línea de una formación generalista y poco diferenciada.

De hecho esto lo podemos ver, por ejemplo, en la gran división que se dio en esa época entre comunicación social y periodismo, y posteriormente entre comunicación social y audiovisual, divisiones que aunque sonaban a hechos consumados y de facto, en la realidad sólo concretaban los problemas prácticos de formación que eran arrastrados desde la relatividad imperante en el grado. En gran parte esta relatividad formativa del grado y el posgrado afectó, por lo demás, su demanda e institucionalización en muchos lugares, dando por resultado una escasa oferta de programas en América Latina (si bien hay países como Argentina, México, Brasil y Colombia que ofrecen una cantidad importante de ellos), como para abarcar la gran cantidad de áreas y necesidades sociales en las que deberíamos incidir desde la formación profesional de comunicólogos y comunicadores.

De hecho esto lo podemos ver, por ejemplo, en la gran división que se dio en esa época entre comunicación social y periodismo, y posteriormente entre comunicación social y audiovisual, divisiones que aunque sonaban a hechos consumados y de facto, en la realidad sólo concretaban los problemas prácticos de formación que eran arrastrados desde la relatividad imperante en el grado. En gran parte esta relatividad formativa del grado y el posgrado afectó, por lo demás, su demanda e institucionalización en muchos lugares, dando por resultado una escasa oferta de programas en América Latina (si bien hay países como Argentina, México, Brasil y Colombia que ofrecen una cantidad importante de ellos), como para abarcar la gran cantidad de áreas y necesidades sociales en las que deberíamos incidir desde la formación profesional de comunicólogos y comunicadores.

¿Qué aspectos crees que deben ser fundamentales en la proyección de Doctorados de Comunicación en Latinoamérica?

En América Latina hemos tenido una tradición de estudio del campo muy distinta a la de la tendencia dominante, que ha sido la de Estados Unidos, donde se dio lugar a dos grandes áreas de estudio: comunicación interpersonal y comunicación masiva (lo que se llamó *speech communication* y *mass communication*). Por su parte, nosotros tomamos sólo a la comunicación masiva, haciendo de lado el área de comunicación interpersonal por percibirla como algo “funcionalista” o similar. De la misma manera que lo hicimos con esta tendencia norteamericana lo hemos hecho con otras procedentes de Europa y el mundo anglo en general, resultando en un horizonte donde una seria cantidad de temas, objetos, problemas y preguntas han sido soslayadas, y, por lo tanto, dejado importantes huecos y omisiones.

Es obvio, por supuesto, que ningún intento histórico de acercamiento a la comunicación ha sido completamente objetivo ni completo, pero estos huecos son especialmente visibles en Latinoamérica, donde el campo ha sido particularmente refractario, sobre todo por cuestiones ideológicas, a un número importante de puntos de vista teóricos y epistemológicos externos, particularmente de lo hecho en Estados Unidos. Esto me lleva a pensar que el primer reto estaría, entonces, en acercarnos y evaluar esas visiones soslayadas, e intentar integrarlas críticamente a nuestros programas doctorales y posgraduales, aunque un paso operativo anterior, instrumental creo yo, sería

Entrevista a Guillermo Orozco Gómez

teórico en comunicación y educación



comenzar por especializar el doctorado, es decir, diferenciarlos a unos y otros respecto de sus objetos e intereses particulares.

Una cuestión urgente en esta lógica sería comenzar por crear Doctorados especializados en Comunicación Masiva, por un lado, y en Comunicación Digital, por el otro, siendo ésta última algo central pues debemos recordar que la proliferación de las

escuelas de comunicación y el estudio académico de ella no se dio con la aparición de medios masivos, sino con la de los *medios masivos audiovisuales* (y afianzado ahora en los digitales), cuando antes sólo existían, de forma autónoma, estudios de cine, prensa, opinión pública, etcétera (donde el cine, por ejemplo, no fue estudiado como medio sino como expresión estética). Por su parte, desde la comunicación masiva habría que hacer importantes cruces que han quedado pendientes, tales como el de comunicación/educación, pero también con los estudios sobre violencia, que en nuestra geografía son hoy más pertinentes y más necesarios que nunca.

Por otro lado, algo que considero necesario en la proyección del Doctorado en Comunicación latinoamericano es incorporar una perspectiva muy presente ahora en los Estados Unidos pero que no ha permeado a América Latina, y que es la llamada “ecología de la comunicación”, perspectiva que implica una vuelta a ver el papel central que tienen los medios en la dinamización bidireccional de la sociedad y de entender la presencia que tenemos en un mundo mediático, así como la presencia de los medios en nosotros, en una sociedad cada vez más mediatizada y tecnificada. Digo esto porque creo que donde nos hemos perdido como campo es en darle importancia a esta relación ecológica entre medios, procesos y productos comunicativos, pues solemos poner la importancia de nuestra actividad académica e intelectual en los medios, pero sólo para pensarlos y estudiarlos como meros artefactos y no como dispositivos complejos que están puestos en relación con el sistema sociocultural que los produce y contiene. A partir de este punto es también de donde parte el prejuicio que otras disciplinas tienen en relación a la nuestra, pues asumen que los medios, como artefactos, son objetos de segunda, y algo que estudia objetos de segunda es automáticamente una disciplina de segunda.

Desde ahí no nos damos cuenta de que los **significados**, eso que tradicionalmente es **lo que importa**, están determinados por la forma, por la tecnicidad del medio, por su materialidad y por la relación que los sujetos entablan desde ahí con ellos. Es decir, que el medio no es un vehículo sino parte sustantiva del mensaje, como bien nos recordaba McLuhan (a quien deberíamos releer más), y entender que eso es lo que nos aporta el elemento distintivo a los comunicólogos, y por lo tanto de un Doctorado que nos forme en la etapa final. De otra forma, mientras no estemos parados en aquello que nos distingue y nos da razón de ser, vamos a seguir siendo vistos como algo inferior por el resto de las disciplinas.

“Creo que donde nos hemos perdido como campo es en darle importancia a esta relación ecológica entre medios, procesos y productos comunicativos, pues solemos poner la importancia de nuestra actividad académica e intelectual en los medios, pero sólo para pensarlos y estudiarlos como meros artefactos y no como dispositivos complejos que están puestos en relación con el sistema sociocultural que los produce y contiene.”



Esto que he expresado me preocupa particularmente porque lo veo presente en todo el posgrado; en nuestra propia maestría, en la Universidad de Guadalajara, veo que muchos estudiantes se fijan sólo en el contenido y olvidan que éstos están mediados, que el humor de una telenovela, por ejemplo, no es el humor en sí mismo, sino que se trata de un producto determinado por

formatos y pertenencia a un género y una medialidad, una tecnicidad y otras tantas mediaciones... y entonces sucede lo que muy comúnmente vemos: un análisis de contenido que quiere explicar todo sin tomar en cuenta las dimensiones del medio y sus ecologías. Así, creo que una necesidad imperante en las habilidades que debe aportar la formación doctoral está en tomar en cuenta esas relaciones, y poner énfasis en que los medios no son meros artefactos ni la comunicación es una cuestión que se dirige de éstos a las audiencias, sino que implica procesos mucho más complejos, que van desde lo interpersonal en los procesos massmediados a lo meramente tecnológico en la producción de mediaciones culturales.

¿Crees que la oferta de posgrado en comunicación que tenemos está empata- tada con las necesidades de la realidad latinoamericana?

No en general; tampoco son totalmente ajenas, pero cuando se empatan suele ser por cuestiones meramente circunstanciales, esporádicas, por ejemplo cuando a partir de un ejercicio de esfuerzo personal y a veces institucional aparece una tesis que logra articular algo excepcional. En ese sentido algo que le falta al posgrado en general es poner atención a cómo los medios y sus ecosistemas están modificando la cultura y no al revés; cómo está modificando nuestro estar en el mundo y facilitando que el mercado convierta en mercancía todo producto comunicacional; resolver las contradicciones de la era digital en una modernidad tan atípica como la de Latinoamérica... ahí definitivamente no estamos atendiendo una serie de necesidades que van quedando pendientes... ¡y el asunto de la violencia! que no está siendo tomada como un eje importante en los estudios de comunicación, tal como nos damos cuenta cuando leemos los distintos trabajos de estado de la cuestión de nuestros colegas latinoamericanos. Creo que si estamos en tales niveles sociales de violencia, siendo testigos de la explosión inaudita de manifestaciones de este tipo, hay que entender cómo los medios van legitimando estas violencias, cómo contribuyen a exacerbarlas, a naturalizarlas y a reproducirlas. Es muy grave que la violencia sea lo que divierta a la gente, lo que levanta y mantenga el rating, y de eso debemos dar cuenta desde la formación tanto en grado como en posgrado, es algo que no podemos darnos el lujo de dejar pasar, sería un grave error.

La otra gran deuda histórica de la comunicación con la realidad de los países latinoamericanos es la relación educación/comunicación, que es una relación olvidada, soslayada e invisibilizada. La gente cree que porque en la televisión no hay nada que valga la pena, entonces la televisión no educa. ¡Pues justamente con lo que tiene es con lo que nos está educando, más que la misma escuela! ¡y ahí está lo grave de la

“Es muy grave que la violencia sea lo que divierta a la gente, lo que levanta y mantenga el rating, y de eso debemos dar cuenta desde la formación tanto en grado como en posgrado, es algo que no podemos darnos el lujo de dejar pasar.”

Entrevista a Guillermo Orozco Gómez

teórico en comunicación y educación



situación! No somos del todo conscientes, no sólo las audiencias sino tampoco los comunicólogos, de que nos estamos educando continuamente al interactuar con los medios y las pantallas, educándonos mal, por supuesto, pero los sistemas educativos, incluidos los posgrados en comunicación, no voltean a ver eso.

Empiezan a haber importantes manifestaciones de la ONU y la UNESCO, vemos declaraciones y manifiestos de asociaciones civiles e instituciones diversas, pero es apenas una toma de consciencia; sólo hasta que permee al resto de los sistemas educativos, esta consciencia va a tener un verdadero impacto. En definitiva la educación de las audiencias es no sólo un reto en el posgrado sino también una grave ausencia en su misión formativa, crítica y social como dispositivo educativo, y es algo que debería de ocupar gran parte de las agendas formativas en los estudios de comunicación a cualquier grado.